



*Colegio de San Bartolomé o de Anaya. Fundado en 1411 por don Diego Anaya*

líneas armoniosas de las iglesias, los antiguos colegios, los palacios sobrecargados de escudos ilustres, en los que se ve brillar el sol de los Solís, las estrellas de los Fonsecas, las cinco lises de los Maldonados; mansiones antiguas que, por sus puertas abiertas, dejan ver los patios enlosados de granito, elegantes pórticos, finas columnatas, los brocales medio derruidos de antiguos pozos; todo ello forma un conjunto verdaderamente único, en el que la poesía de un pasado lejano se confunde con las impresiones de arte más delicadas. Al caminar por sus calles, a menudo silenciosas, se ve uno detenido a cada paso: una reja de hierro forjado, un ramo de claveles esculpido sobre una puerta, un medallón adosado a un muro, mil pormenores encantadores detienen y solicitan la atención. Algunas fachadas son verdaderas maravillas, obras maestras de este arte minucioso y complicado llamado arte plateresco. Las piedras están cinceladas como joyas, recortadas como encajes; son de un grano tan fino y compacto que el tiempo ha respetado en ellas los frágiles arabescos; son también estas piedras de Salamanca amarillas como el oro o rosadas como la flor del melocotonero, y siempre de un tono tan cálido que, en las más grises mañanas de invierno, se diría que están iluminadas por el sol". A Quadrado débense estas expresivas líneas: "El aspecto de Salamanca bastaría de por sí para demostrar su pasada grandeza. Imaginaos 25 parroquias existentes, no vastas ni espléndidas, pero marcadas generalmente con el sello de remota antigüedad; imaginad 25 colegios y otros tantos conventos espaciosos y abandonados en sus diversas gradaciones de ruinas y 10 ó 12 enteros habitados por religiosas; imaginad una catedral magnífica, nacida de improviso en la postrera edad del arte gótico, al lado de otra venerable catedral bizantina, y que en vez de ofenderla la ampara fácilmente con su apoyo y su sombra; imaginad por calles y plazas, largas unas y despejadas las otras más de lo usual en los tiempos en que se trazaron, multitud de casas solariegas y aun palacios, ojivales y del Renacimiento, cual no los presenta ninguna ciudad de Castilla, gallardos ajimeces, platerescos balcones, torres dispuestas para intestinas luchas, y decid si la población que tal contiene, cualquiera que sea su nombre, puede ha-

ber vivido oscura e insignificante." Como los anteriores autores, el gran Unamuno, salmantino de adopción, que pasó allí su vida y constantemente exaltó a Salamanca, dice de ella, penetrante y lírico: "Sí, yo podría describir esta ciudad y ejercitar mi mayor o menor virtud en la descripción literaria. Podría deciros cómo esta ciudad de Salamanca, asentada en un llano, a orillas del Tormes, es una ciudad abierta y alegre; sí, muy alegre. Cómo el sol, que sobre ella brilla, ha dorado las piedras de sus torres, de sus templos y de sus palacios, esa piedra dulce y blanda, que recién sacada de la cantera se corta como el queso, a cuchillo, y luego, oxidándose, toma ese color caliente, de oro viejo, y cómo a la caída de la tarde es una fiesta para los ojos y para el espíritu ver a la ciudad, como paso del cielo en la tierra, destacar su oro sobre la plata del cielo y reflejarse, desdoblándose, en las aguas del Tormes, pareciendo un friso suspendido en el espacio, algo de magia y de leyenda."

\* \* \*

El objeto artístico más antiguo que de Salamanca se recuerda es el toro pétreo adoptado como blasón de la ciudad y que hoy figura en el Museo Provincial, adonde se llevó desde el antiguo puente romano. Este, tendido sobre el Tormes, al Sur de la ciudad, de cuyos 27 arcos, 15, con 200 metros de longitud, datan de dicha época, es uno de los más notables de España, reconstruido en 1499 y 1677. Otra gran obra romana fué el circuito amurallado que rodea la ciudad, del que sólo han quedado algunos sillares, piedras sepulcrales y varios objetos de museo. A continuación viene el estilo románico, del que perduran algunas creaciones magníficas, como son la catedral vieja y varias iglesias. Las principales de éstas son: la de San Martín, fundada en 1103, que tiene bellas portadas y espléndido interior, de planta rectangular, con tres naves sin crucero ni cimborrio, así como capiteles y ventanas características de su estilo y numerosos sepulcros de gran mérito, y la de San Cristóbal, que, fundada en 1145 por la Orden Hospitalaria, existía ya en 1150, y conserva las ventanas y columnas de su ábside, así como la